

libres y homicidas á sepultar las costumbres y la tranquilidad de las naciones que encuentren á su formidable paso.

Esto es lo que confirma la historia; y por las sociedades aletargadas, sin excepcion ninguna, la decadencia de sus costumbres data del mismo dia de la decadencia ó de la extincion de las puras y verdaderas creencias.

Guardémonos, pues, en frente de tantos siglos, naciones é ingenios, como se han reunido para mirar como indestructible y fecunda la union de la moral á los dogmas, guardémonos de sustituir, á esta alianza sellada con tan augustas aprobaciones, el divorcio con el cual hoy dia han querido destruirla. Lógicamente, esta separacion seria absurda; prácticamente, desastrosa; nadie la tomaria por guia, y muy pronto iria á apagarse en la doble noche del desprecio universal y de la depravacion del mundo entero.

MORAL.

II.

Cepit Jesus facere, et docere.
Jesus hizo y enseñó, desde su principio.
(ACTOR. I, 4.)

La moral cristiana se resume en dos puntos: amar á Dios sobre todas las cosas, y amar al prójimo como á sí mismo. A lo cual añadió Jesús una recomendacion nueva: *Mandatum novum*; amaos unos á otros, como yo os he amado; el que ama bien, dá su vida por aquel á quien ama.

Todos convienen en que la moral cristiana, sinceramente practicada, forma los hombres más honrados, los corazones más virtuosos; y aún en el mundo, los indiferentes ó los incrédulos, los que no participan de nuestra fé, á lo ménos por la práctica, y se mantienen apartados de la Iglesia so pretexto de que tienen dudas sobre los dogmas y misterios de la religion, confiesan, empero, que la moral cristiana es la más pura, la más sublime de todas, y que siguiéndola conienzudamente es imposible no llegar á la perfeccion.

A fin de huir toda vaguedad, y para mayor claridad y precision, resumiremos nuestro discurso á estos dos puntos: 1.º *sublimidad de la moral evangélica*; 2.º *autoridad de los motivos que imponen la obligacion de la misma*. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. *Los mandamientos de la ley y la sancion de la ley* son las dos partes constitutivas de la moral.

Examinemos desde este punto de vista la que Jesús vino á traernos, y veremos que reúne estos dos grandes caractéres, los cuales la hacen altamente venerable.

1.º *La sublimidad de los preceptos*; 2.º *la fuerza y autoridad de los motivos*.

Los más ardorosos enemigos de la moral cristiana se ven obligados á conceder, que las máximas fundamentales de toda moral, los mismos principios que nacen con nosotros, y que ántes se sienten que se enseñan; principios que, segun el grande Apóstol, son la ley de los pueblos que carecen de ley, y segun los cuales pronuncia la conciencia sus fallos en el tribunal interno donde nuestros pensamientos se acusan y se defienden unos á otros; recibieron en el Evangelio un *desenvolvimiento* que los extiende y fija, y una *sancion* que los consagra.

De esta multitud de órdenes y disposiciones que abrazan todas las partes de la vida y se extienden á todas las condiciones, no hay una sola que sea perfectamente razonable. Con sus solos esfuerzos no ha adquirido la razon el conocimiento de todos los preceptos evangélicos; sinó que luego que Jesucristo se los reveló y manifestó por medio de sus apóstoles, reconoció ella la justicia, sintió la conveniencia, probó la utilidad y admiró la sabiduría de los mismos.

Esta moral ha venido á ser y ha debido venir á ser la ley del universo, porque ninguna ley fué ni pudo ser jamás tan sábia y tan adecuada á la naturaleza humana, tan útil y eficaz para la dicha de la humanidad. En sus medios y en su objeto, esta ley es divina y solo ha podido ser obra de la sabiduría y bondad infinitas.

Comparad la moral evangélica con la pagana ó con la de la moderna filosofia: todo lo bello, puro y santo que en estas dos últimas se halla, pertenece de derecho á la primera, puesto que ha perfeccionado la ley natural; pero, la moral pagana y filosófica es en mil puntos defectuosa, y en esto la recusa el Evangelio.

Nadie puede nombrar una virtud que el cristianismo no prevenga, ni indicar una perfeccion que él no encomiende, ni señalar un vicio, un defecto, que él no proscriba. Reunid en vuestra mente todos los

principios de virtud, todas las ideas de perfeccion; imaginad aún nuevos grados de una santidad más eminente, y habreis formado el modelo del perfecto cristiano: el pensamiento del hombre no puede ir más allá de lo que Jesucristo ha previsto y dispuesto, prevenido ó aconsejado.

La moral evangélica ha añadido nuevas virtudes á la ley natural: *La humildad, el amor á los enemigos, la abnegacion, la virginidad.*

1.º La humildad cristiana no es el exceso de la modestia, sino su perfeccion. La humildad no vuelve al hombre indiferente á su propia estimacion, ni á la del público; pero le impide alabarse de ella, enseñándole que no la debe á sus méritos. El placer del cristiano es reconocer la mano de que recibe sus bienes. El perfecto modelo de la humildad cristiana se estremece de gozo, al prever que todas las generaciones celebrarán su felicidad, *porque el Omnipotente ha hecho en su favor grandes cosas (Luc. 1, 48 ET 49).*

2.º El amor á los enemigos era desconocido antes del cristianismo; en la opinion comun, la venganza era un sentimiento noble y un goce puro; oid á Lactancio: *Qui fuerit ultus inimicum, hic fortis, hic strenuus judicatur; hunc colunt, hunc omnes verentur (Inst. Div. VI, 18).*

No solo prohíbe el cristianismo la venganza, sino hasta el odio; destiérrale del corazón, reemplazándolo con el amor á los enemigos. El cristiano tiene obligaciones que cumplir aún con sus más acérrimos perseguidores; no paga su deuda absteniéndose de perjudicarles, pues hay una ley particular que extiende hasta ellos la caridad fraternal; les debe votos sinceros, servicios positivos. Jesús le dá el precepto de rogar por sus enemigos y el ejemplo de derramar su sangre por sus verdugos.

3.º El Evangelio prescribe la abnegacion ante las riquezas, los honores y los placeres; nos enseña que nuestra patria no está en este mundo, y que debemos servirnos de los bienes solo de paso y sin aferrar á ellos nuestro corazón. No es esto privarnos de los bienes temporales, sino arreglar su uso, uniendo así los intereses de la tierra y los del cielo.

¡Santa y elevada moral! Nada hemos traído á este mundo; y sin duda que tampoco podremos llevarnos nada. Teniendo pues que comer, y con que cubrirnos, contentémonos con esto: *Nihil intulimus in hunc mundum: haud dubium quod nec auferre quid possumus. Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus (I TIM. VI, 7 ET 8).*

4.º La virginidad era un oprobio ántes de la promulgacion del Evangelio; ved en el universo cristiano el heroismo de esta virtud.

Observad cuáles son los preceptos que el divino legislador llevó á más alto grado de perfeccion, y vereis que son todos aquellos cuya observancia es más penosa, porque contrarian las pasiones. La humildad cuesta al orgullo, la clemencia al resentimiento, el desinterés á la avaricia, la virginidad á los arrebatos del corazón. Para sostener la humana flaqueza, Jesús robustece su ley, pone las prescripciones penosas de la ley natural bajo la proteccion y como bajo la salvaguardia de preceptos de un órden superior.

El Salvador ha propuesto sábios consejos á los que quieren llegar en este mundo á más alto grado de perfeccion:

La pobreza voluntaria, la abdicacion de la voluntad, el desapego á las cosas humanas, una continencia perfecta.

¿Hubo nunca más sublime moralista? Despues de preceptuar lo justo, bueno y necesario, piensa en lo perfecto, y lo aconseja.

Además de este carácter de sabiduría y de perfeccion de la ley, hubiéramos debido hablar tambien del de bondad y utilidad.

La perfeccion de la ley evangélica conduce al hombre á la santidad; la bondad y utilidad de esta ley le hacen feliz. La desgracia es de ordinario el resultado de las pasiones; la lucha, la victoria sobre estas mismas pasiones debe producir el resultado contrario, esto es, la felicidad; tal es la consecuencia de la ley evangélica...

AUTORIDAD DE LOS MOTIVOS.

2. Toda ley necesita una sancion. Una ley divina, una moral completa, ha necesitado una sancion divina, absoluta. Vedla aquí en pocas palabras:

1.º La vista de Dios, que sigue incesantemente al hombre, penetrando en los pliegues más recónditos de su conciencia;

2.º Los premios ó los castigos eternos;

3.º La dignidad á que eleva nuestra naturaleza el cumplimiento de la ley;

4.º Los auxilios de la gracia divina;

5.º Los ejemplos de Jesús y de los santos.

Temores, esperanzas, estímulos, ejemplos; la religion reúne todos los motivos que pueden obrar en el alma.

Mas ¡cómo! ¿nos limitaríamos á reconocer el inestimable beneficio de la ley cristiana? ¿No excitaria la belleza de nuestra santa moral más que una fria admiracion, ó un estéril agradecimiento? La

respuesta decisiva á la fuerte objecion de los incrédulos está en nuestra mano; acallemos con nuestra conducta las odiosas acusaciones que se atreven á formular contra nuestra augusta ley. Así fué como en los hermosos siglos de la Iglesia impusieron silencio nuestros padres á sus primeros enemigos: la santidad de los cristianos era la prueba de la santidad del cristianismo. Volvamos á aquellos dichosos tiempos, y seremos felices en el tiempo y en la eternidad.

Véase: LEY DE DIOS.

MORTIFICACION INTERIOR.

In patientia vestra possidebitis animas vestras.

Mediante vuestra paciencia salvareis vuestras almas.

(Luc. xxi, 19.)

Hoy, carísimos hermanos, voy á ponerlos en relacion con vosotros mismos. Mucho tenemos que hacer en este pequeño mundo interior, no fácil de gobernar, en el que hay bastantes luchas, y bastantes elementos que se combaten; y sin embargo, nosotros estamos encargados de mantener en él la tranquilidad y la paz, en provecho de nuestra alma. Sobre el particular voy á proponeros algunas máximas que podrán seros útiles para arrojar luz sobre esta interesante materia, y ayudaros en el trabajo en que estais tan interesados.

Todo lo que tengo que deciros, amados oyentes, se reasume casi en esta expresion cristiana: MORTIFICACION INTERIOR, dura de pronunciar y de oír. ¡Si! mortificacion interior... Quizás voy á expresarla en diferentes términos, á presentarla bajo diferentes puntos de vista; pero todo lo que pienso deciros no será en el fondo más que mortificacion. No esperéis que venga precisamente á presentaros á cada uno un cilicio ó una disciplina; no se trata de eso. Yo solo quiero pedirlos lo

que Jesús pedia á sus discípulos: hermanos míos, poseed vuestra alma mediante la paciencia: *In patientia vestra possidebitis animas vestras*. Y para eso, primero teneis que ordenar vuestro interior y luego componer vuestro exterior. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para *ordenar* vuestro interior, habeis de arreglar primero vuestro carácter y luego dominar vuestras impresiones. Con respecto al carácter, tambien habria mucho que decir, pero quiero contraerme á lo que me parece más práctico. Hallo personas que están, al parecer, en extremos opuestos con respecto al carácter; pero, como los extremos se tocan, sucede que unas y otras llegan casi al mismo resultado, es decir, que no hacen cosa alguna. Por ejemplo, unas están pesarasas de su carácter y quisieran mudar del todo; otras están tan contentas de sí mismas, que no quisieran tocarse siquiera con la punta del dedo. Las primeras se malean; pero las segundas no mejoran. Sin embargo, no es bueno malearse, y convendria mejorarse. Voy pues á dirigirme á unas y otras, y os preguntaré: ¿Por qué, pues, almas cristianas, quisierais mudar del todo vuestro carácter? ¿Por qué? Si quereis mudar, será para tomar otro, pues es preciso tener uno... ¡Cambio inútil! ¿Qué ganaríais en él? Todos los caracteres tienen su fuerte y su flaco, y al lado de una cualidad, un defecto, porque no hay medalla sin reverso. A veces os decís: ¡Oh! ¡si yo tuviese el carácter de tal persona!... ¡excelente natural el suyo! ¡Oh! cuando uno está hecho así, es muy fácil... ¡yo seria muy diferente! Hermanos míos, hablais casi siempre sin conocimiento de causa; estad seguros de que cada uno de nosotros tiene su carga, y su carga es él mismo, es su carácter, el carácter en que hallamos continuamente mayor ó menor materia de trabajo y de lucha. Seria tarea imposible querer cambiar de carácter, casi tan imposible como querer cambiar de rostro, pues nuestro carácter es nuestra fisonomía moral. En el carácter hay ciertos rasgos indelebles; pero no son más que un bosquejo, que la virtud se encarga de acabar y perfeccionar. Por más que hagais, os encontrareis á los noventa años con los mismos elementos de carácter, con el fondo que ya poseiais á los diez; y aún vereis que se ha afeado, porque en vez de tomar una cualidad, tomareis con frecuencia un defecto. Además, la cualidad que querríais adquirir se malearia en vosotros, porque no se avendria con todo el resto de vuestra persona, como no cuadrara en vuestra fisonomía un rasgo de la de otra. ¿Por qué no os contentais con vuestro carácter? Dios os lo dió; tomadlo: ¿no es el mejor para vosotros? ¿De qué sir-